

# EL ANIMUS PUGNANDI EN EL MACUTO DEL SOLDADO

Aurelio FERNÁNDEZ DIZ  
Capitán de navío (RR)

*El fiero Turco en Lepanto,  
En la Tercera el Francés,  
Y en todo mar el Inglés  
Tuvieron de verme espanto.  
Rey servido y Patria honrada  
Dirán mejor quién he sido,  
Por la Cruz de mi apellido  
Y con la cruz de mi espada.*

(Lope de Vega en 1588 a D. Álvaro de Bazán, marqués de Santa Cruz y almirante de la Armada, a cuyas órdenes sirvió como soldado)

El pensamiento militar es algo que, como el buen vino, fermenta y envejece a lo largo de la Historia. Tiene un presente pero se apoya inevitablemente en la experiencia del pasado. La polemología, como ciencia de la guerra, se apoya en la acumulación del conocimiento histórico de los asuntos militares y este conocimiento conforma, a su vez, la estrategia mediante la cual el militar trata de alcanzar el cumplimiento efectivo de su misión. Del pensamiento militar nace el espíritu militar que ha de determinar finalmente la conducta del soldado en el combate. El militar no puede renunciar a considerarse a sí mismo instrumento necesario para evitar o para ganar la guerra. El militar solo desea estar preparado para defender los intereses nacionales mediante la práctica sin límites de las virtudes militares. Y morir con honor. Estos sentimientos están en la médula de la *praxis* militar y dan contenido al pensamiento militar y, por tanto, también al espíritu militar.

La guerra es siempre un fracaso. Es el fracaso de la disuasión. Cuando Clausewitz afirma que «si quieres la paz prepara la guerra» debemos de suponer que esa preparación es el mejor camino para evitarla. La disuasión se alcanza principalmente en el nivel político porque es al gobierno de la nación a quien corresponde dotar a sus fuerzas armadas de las capacidades militares necesarias. Corresponde también al gobierno hacer público alarde de su voluntad y determinación para, llegado el caso, emplear la fuerza con la contundencia necesaria. Por eso, en determinadas circunstancias, el más alto

nivel político puede llegar a ser el más directo responsable de la aparición de una situación de crisis o de grave conflicto armado. La responsabilidad puede ser aún mayor si la situación de crisis pone en evidencia unas fuerzas armadas debilitadas tanto en su espíritu militar como en sus capacidades militares.

Reconocemos que las guerras del siglo XIX, en tiempos de Clausewitz, eran distintas a las actuales porque también eran distintas las aspiraciones políticas de las naciones europeas protagonistas de aquél momento histórico. Pero tenemos muchas razones para pensar que los principios en los que se sustentan hoy la paz y la guerra son todavía los mismos.

Los modernos pacifistas defienden que «si quieres la paz, prepara la paz». Se nos antoja que esta es una afirmación voluntarista, aparentemente deseable por todos, pero muy alejada del pensamiento inteligente. Clausewitz se arriesga intelectualmente cuando explica cómo se evita la guerra. El pensamiento pacifista, en cambio, no lo hace, y trata de esconder, con la mencionada frase, un claro afán de deslegitimar cualquier forma de guerra, aunque fuese justa u obligada.

El mundo militar es un mundo de ideales en el que los soldados se adiestran para dar su vida, si fuese necesario, por su patria. La vida no es lo más importante en la milicia. Lo más importante es el cumplimiento de la misión ordenada y si en este cumplimiento, durante el combate, el soldado aprecia llegado el momento de entregar su vida, sin duda prefiere elegir cómo y cuando hacerlo, de cara siempre al peligro. Para lograrlo parece imprescindible que el soldado, y la unidad a la que pertenece, demuestren tener el debido *animus pugnandi*, mantengan la iniciativa y no abandonen ésta nunca en manos del oponente porque entonces será éste el que elija el momento en el que nuestro heroico soldado pierda su vida, sin esperarlo, a lo mejor atacado por la espalda, lo que resulta especialmente odioso para cualquiera. Este es el fundamento de la «mística», del oficio militar, generalmente respetado y reconocido.

¿Pero, qué es verdaderamente el *animus pugnandi*? Pues es una de las principales virtudes que deben de adornar el espíritu militar del soldado y que resulta imprescindible en el ejercicio de su importantísima función. Sin embargo, es una cualidad que muchas veces pasa desapercibida, o no es suficientemente tenida en cuenta, incluso por los propios profesionales de la milicia. Muy al contrario, es frecuente comprobar en radio, televisión o prensa escrita cómo comprometidos analistas de la situación internacional o periodistas de prestigio, verdaderos conformadores de la opinión pública, al tratar asuntos relacionados con las crisis en las que España se esta viendo envuelta, se muestran muchas veces con mas *animus pugnandi* que los representantes de la propia y silenciosa institución militar. Por lo menos aparentemente.

Por razones idiomáticas el término *animus pugnandi* necesitaría para un inglés, o para un alemán, por poner un ejemplo, traducción o explicación.

Afortunadamente para nosotros, este concepto es fácil de interpretar como esa predisposición para el combate, esa voluntad de vencer, esa determinación que todo ejército que se precie debe demostrar cuando, en campaña, se enfrenta a su enemigo. El *animus pugnandi* no es privativo del pensamiento militar. Está en la propia naturaleza de las cosas y es inherente a la vida misma. Lo tienen las plantas cuando se disputan el sol para sobrevivir y lo tienen también los equipos de fútbol sobre el terreno de juego, cuando quieren ganar. Está en la política, está en los negocios. Y en el toro en la arena. No tenerlo tiene su precio. La planta que acepta vivir bajo la sombra de otra primero languidece y después muere.

Debemos en este punto hacer una reflexión. ¿Existe alguna razón que pueda justificar que se extirpe o se disminuya el *animus pugnandi* de un ejército, algo tan vital e inherente a su propia naturaleza? Creemos sinceramente que no porque el *animus pugnandi* es sobre todo y por encima de todo un derecho del soldado que va a poner su vida en juego en el cumplimiento de su misión. Es el derecho del soldado que, en el fragor del combate, decide inmortalarse en defensa de los superiores intereses de su patria. El *animus pugnandi* es probablemente el último derecho que ejerce el soldado que va a morir. Es a él a quien corresponde poner precio a su vida. Por tanto, este derecho debe de ser respetado y protegido en todos los niveles de la organización militar y de la administración política.

Tampoco el *animus pugnandi* es privativo del soldado individualmente considerado. Alcanza, o debe alcanzar, también a los jefes de unidad, mandos intermedios, mandos superiores, estados mayores y, ya en el nivel político, a ministros y jefes de gobierno que tengan que tomar decisiones trascendentes relacionadas con las crisis o conflictos armados que pongan en peligro no solo la seguridad nacional si no también la vida de los soldados. Y parece evidente también que las relaciones internacionales y la política exterior se ejerza con la correspondiente dosis de *animus pugnandi* en defensa de los intereses nacionales especialmente cuando son conculcados aunque sea por nuestros propios aliados.

En el pensamiento naval británico es inconcebible una flota eficaz, una flota que pueda ser tomada en consideración, si no tiene *animus pugnandi*. Para ellos, y para nosotros también, este *animus* es probablemente la cualidad militar más importante que una fuerza naval, y por extensión una armada o un ejército entero, debe exhibir en combate en el cumplimiento de su misión.

La antítesis del soldado con su macuto repleto de *animus pugnandi* es el «guerrero pacífico», un concepto que nos parece peligroso y contradictorio en sí mismo. El concepto de guerrero pacífico puede ser aceptable solo por razones humanitarias. Por ello, nuestro heroico soldado, ese que está dispuesto a entregar su vida por la patria, puede vestir el uniforme de guerrero pacífico solo en las contadas ocasiones en las que sea estrictamente necesario para paliar, en la medida de lo posible, las graves consecuencias que puedan tener

para la sociedad o para un pueblo entero las catástrofes naturales o provocadas. Fuera de estas circunstancias, creemos que la verdadera imagen de nuestro soldado debe de ser un fiel reflejo de la dura vida militar e inspirar al mismo tiempo el respeto que siempre inspiran los agresivos y recios guerreros en uniforme de campaña.

Podemos imaginar y aceptar que el concepto de soldado ideal ha ido cambiando a lo largo de la Historia. Pero si nos equivocarnos o renunciamos a tratar y considerar al soldado de hoy como se merece, ello nos puede llevar a pagar un alto precio. Y este alto precio puede ser que nuestros pacíficos soldados, con el paso del tiempo, puedan olvidar su propia razón de ser y su propia forma de actuar cuando tengan que cumplir misiones verdaderamente comprometidas. Nuestros soldados podrían transformarse, con el paso del tiempo, en guerreros incapaces de defenderse con la contundencia debida cuando la agresión se produzca.

Para comprender mejor todo lo anterior podemos recordar y considerar bajo el prisma del *ánimus pugnandi* dos ejemplos de la Historia.

Tenía razón nuestro gran poeta y dramaturgo Lope de Vega cuando alabó con la redondilla que encabeza este trabajo las virtudes militares de su jefe y amigo D. Álvaro de Bazán, Marqués de Santa Cruz, virtudes de las que pudo ser testigo en la batalla, y consiguiente victoria, de la Isla Terceira. Lope de Vega continuaba todavía a las órdenes de su fiel amigo cuando este preparaba la Gran Armada para la campaña que el rey Felipe II ordenó emprender en 1588 contra Inglaterra. Lope de Vega sin duda vivía con la esperanza de ser testigo, una vez más, de lo que hubiera sido otra histórica victoria. Por las cualidades y capacidades demostradas D. Álvaro de Bazán era la persona ideal para dirigir una campaña que el rey decidió emprender por recomendación del propio marqués pero con varios años de retraso. La muerte sorprende a D. Álvaro en Lisboa durante los trabajos de preparación de la Gran Armada. Y el rey designa para sucederle a D. Alonso Pérez de Guzmán el Bueno y Zúñiga, Duque de Medina Sidonia, un hombre con pocas capacidades militares y marineras como el mismo reconoció cuando imploró al rey ser liberado de una misión que se sentía incapaz de cumplir porque se mareaba en la mar y no tenía los conocimientos, ni el “*ánimus pugnandi*”, diríamos hoy, necesarios para hacer frente a una campaña como la que se planeaba. La meteorología tampoco debía de ser su fuerte y a los quince días de salir de Lisboa la Gran Armada estaba todavía a la altura del cabo San Vicente, mucho más lejos de su objetivo. Y no es normal que termine bien lo que mal comienza. Y, en lo militar, el Destino no suele ser tampoco muy indulgente con los que carecen de la voluntad y la determinación necesarias para alcanzar su objetivo. Después del desastre, nuestro gran Lope de Vega, poeta entonces defraudado, abandonó una Armada que probablemente había dejado de tener todo interés para él y pudo dedicarse a sus poesías, a sus comedias... afortunadamente para todos.

Otro ejemplo que también podemos recordar aquí fue lo que sucedió en la guerra de las islas Malvinas donde se enfrentaron dos ejércitos con distintos conceptos de lo que debe ser el *animus pugnandi*. Dos maneras de entender la guerra. Según los análisis técnicos que se hicieron al principio del conflicto los ingleses habrían perdido las islas para siempre. Esto es lo que se podía deducir del análisis teórico. Pero costaba creer que la profesionalidad del ejército británico no fuese a obtener los resultados que finalmente obtuvo, y además en poco tiempo, sobre todo cuando esta profesionalidad incluye la asunción del concepto *animus pugnandi*, como condición imprescindible para alcanzar la victoria.

El crucero argentino *Belgrano* fue hundido por el submarino nuclear británico *Conqueror* mientras el primero navegaba pacíficamente por fuera de la zona de exclusión promulgada por la propia marina británica. El *Belgrano* se sentía seguro sin pensar que su hundimiento podría tener un efecto letal en la moral de combate argentina, como así sucedió. Los más de 300 hombres de la dotación del *Belgrano* que perdieron su vida con él, seguro que hubieran preferido morir de otra manera. No sabemos más de la Marina argentina. La aviación, en cambio, al límite de sus posibilidades, demostró estar a la altura de las circunstancias causando graves daños a la Marina británica. Si al menos el Ejército de Tierra se hubiese comportado como la aviación, efectivamente otro muy distinto hubiera sido quizá el resultado de la guerra. Por el lado contrario, en cambio, el Ejército británico hizo mucha propaganda de la agresividad de sus «gurcas» lo que sin duda ayudó a congelar, a lo mejor más que la meteorología, el espíritu de los conscriptos allí desplegados. Nuestra querida nación hermana tenía efectivamente todas las posibilidades para ganar la guerra, como anunciaban los análisis de nuestros expertos, pero faltó el necesario, imprescindible y tan frecuentemente olvidado *animus pugnandi*, condición necesaria para lograrlo.

En resumen, debemos de admitir que el pacifismo, aceptable en otros estamentos sociales, no debe impregnar el oficio militar y recordar, una vez más, aquello que aprendimos en nuestra ya lejana juventud: que para alcanzar la victoria, son imprescindibles el espíritu combativo, la voluntad de vencer y una gran determinación. Y esto es, y para esto vale, el llamado *animus pugnandi*, concepto afortunadamente abundante en el macuto de cualquier español, como se puede comprobar relejendo muchas páginas de nuestra Historia.